

*Trece almas*



Título: Trece almas.

Saga: Aesir-Vanir.

Autor: Iñaki Campomanes.

Fecha: abril 2019.

ISBN: 978-1094696270.

Web: [laleyendadedarwan.es](http://laleyendadedarwan.es)





## Trece almas.

*Este es un nuevo relato en tres partes, ambientado en el universo de la saga Aesir-Vanir, donde podemos ver a Sandra en su primera misión encubierta. La narración transcurre a finales del año 2049, y se desarrolla entre los hechos vistos en "Ángeles de Helheim" y "Operación Fólkvängr".*

*Este relato, como otros relatos de la saga Aesir-Vanir, tales como las aventuras de Sandra y Alice, no tendrán forma en un libro, ni constarán como elementos de la saga, pero sí la complementarán y darán más amplitud a la hora de entender algunos elementos explicados en los libros.*

*Como todo relato o novela de la saga Aesir-Vanir es independiente, y no es necesario conocer otras obras, aunque lógicamente quienes hayan leído "Ángeles de Helheim" verán algunos elementos de esa novela reflejados aquí. Este relato se basa en una conversación entre Sandra y Vasyl Pavlov en "Operación Fólkvängr" cuando Pavlov se interesa por los inicios de las operaciones llevadas a cabo por Sandra. En cualquier caso, muchas gracias por su interés.*

*Iñaki Campomanes.*



## Tabla de contenido

Trece almas. ....	5
Primera parte. ....	8
Segunda parte. ....	18
Tercera parte. ....	35
Epílogo. ....	53

## Primera parte.

San Francisco. 3 de noviembre de 2049.

- ¿Scott? ¿Me recibes?
- Alto y claro. ¿Qué tienes?
- Estuve revisando los datos. El escáner mental que me indicaste.
- ¿Y bien?
- Tenías razón. Había una banda de interferencia en su cerebro. Una banda que se entrelazaba con la señal original.
- De acuerdo. ¿Y qué más?
- He procedido tal y como me comentaste. La banda de interferencia ha desaparecido del registro. Completamente.
- Eso son buenas noticias.
- ¿Buenas noticias? Scott, no me vengas con historias; no se puede anular la información de la actividad neuronal registrada de nadie.
- ¿Por qué no?
- Primero, porque no es legal. En segundo lugar, porque estoy accediendo de forma fraudulenta a un sistema cuántico de la *Global Security Agency* sin permiso de mis superiores, y modificando datos también sin permiso. Y, en tercer lugar, porque no es físicamente posible un borrado así.
- Sin embargo, tú lo has hecho.
- ¿Yo? Yo me he metido en un lío enorme por tu culpa. Otra vez. Eres tú quien me dio el algoritmo. Un algoritmo que no debería existir. ¿De dónde lo has sacado?
- De mi corazón, que solo late por ti.
- Scott, por favor. Hablo en serio.
- Te lo recompensaré, Marion. Sabes que te aprecio mucho.
- Deja de intentar halagarme, Scott, no funciona, te lo aseguro. Esto no lo hago por ti; lo hago por Irina, y por Vasył. Y en memoria de Kathryn.
- Busca las excusas que quieras, Marion. Pero esto es importante. Estaremos en contacto.
- ¿En contacto? ¿De verdad? Esperaba que desaparecieras de una vez de mi vida, y no me dieras nunca más este tipo de “trabajitos”.
- Vamos, Marion. Cuento contigo porque eres la mejor.



- Seguro que sí. Hazme un favor, y vete al infierno de una vez.
- Llevo muchos años allí, Marion. Muchos años.

Algún lugar de América. 16 de noviembre de 2049.

La vida no es una ruleta, que da la fortuna a unos pocos, y la miseria a la mayoría. La vida es un simple asunto de dónde se nace, cómo se nace, y con quién se nace. El arquitecto que nunca fue porque nació en el lugar equivocado. El físico que nunca logró el Nóbel porque era un inmigrante en el fondo del mar. O la mujer que nunca recibió un premio a su obra literaria, porque nadie le dio la oportunidad de aprender a leer y escribir...

El viaje.

El camión circulaba a gran velocidad, dando tumbos por las pronunciadas curvas y el mal estado del firme. Dentro, en la parte de atrás, y completamente hacinadas, trece mujeres trataban de sujetarse como podían a los vaivenes del vehículo. La lona impedía saber dónde estaban, y lo único que podían sentir es que, conforme pasaba el tiempo, el vehículo iba desplazándose más despacio, en un trayecto cuyo firme era claramente más irregular. Les habían quitado cualquier dispositivo electrónico, incluido el GPS y el comunicador intracelular. No tendrían ninguna posibilidad de contactar con el exterior. Ese era el plan. Parte del plan.

Eran mujeres de edades diversas, desde los doce años de una, hasta los treinta y algo de otra. Vestían la ropa que llevaban en el momento en el que había comenzado esa pesadilla. Para algunas, solo un día atrás. Para otras, hasta cuatro días. No se habían visto hasta entonces, en aquel camión, donde apenas se atrevían a mirarse, o incluso a llorar. La respuesta por parte del acompañante del conductor era inmediata. Y violenta.

Kilómetros. Más kilómetros. Con una humedad que se pegaba a la piel, y al miedo.

Luego el camión se detuvo. Tres hombres armados con pistolas las sacaron a empujones, y las hicieron subir en un aerodeslizador, el cual se elevó rápidamente en aquella tarde plomiza. De nuevo, las ventanas estaban tapadas. Les permitieron por fin ir al lavabo de la aeronave, mientras volaba muy bajo y se acercaba a su destino.

Durante todo el trayecto habían tenido que mantenerse en silencio. En el camión, cada vez que alguna comenzaba a hablar una voz muy potente ordenaba silencio y lanzaba amenazas, con un cañón de un fusil apareciendo por un pequeño agujero. En el aerodeslizador, los tres hombres armados advertían continuamente que solo podían hablar para solicitar ir al servicio durante tres minutos como máximo cada una.

El aerodeslizador aterrizó en una zona selvática al anochecer, y varios hombres que esperaban las sacaron a empujones y golpes de armas automáticas de la nave, instándolas a seguirles. Anduvieron veinte minutos, tras los cuales llegaron a una vieja casa de piedra de dos niveles. Allí entraron, en un interior semioscuro, con varias camas con algunas sábanas y algo de ropa y zapatos. Al fondo se veían dos puertas, que correspondían a sendos lavabos con duchas. A un lado, una escalera llevaba a una zona superior, donde se podían ver varias puertas a través de un largo pasillo. Uno de los soldados habló:

— ¡Escuchad todas! ¡Y estad atentas, porque no lo repetiré! ¡A partir de ahora, sois administrativas de Milán Rojas, y tenéis la fortuna de trabajar para él! — Un murmullo surgió de los labios de algunas de esas mujeres. Algunas se encomendaron a Dios. Una lo hizo a Alá.

Milán Rojas era el jefe más importante del cártel más importante en el tráfico de armas y drogas de gran parte del continente americano. Había promovido una guerra contra grupos rivales, y había jugado sus cartas absorbiendo a esos grupos, en lugar de simplemente destruirlos, mediante juramentos de fidelidad a Rojas. Juramento, y una importante compensación económica para reafirmar aquel juramento. Compensación que se repetiría si la fidelidad se demostraba y mantenía.

En eso había sido muy inteligente. Donde otros solo pensaron en acumular riquezas, Rojas la distribuyó con generosidad entre sus fieles. El castigo por la más mínima duda era, por supuesto, la muerte.

— ¡Silencio! No volveré a repetirlo — gritó el guardia —. Ahora vais a ducharos y a sacaros los piojos, vais a comer algo, y vais a dormir. Mañana volveré al amanecer, y tan pronto como entre os quiero a todas en pie, vestidas y listas para acompañarme. Habrá guardias en la puerta. Podéis dar dos golpes en la madera para avisar si tenéis algún problema importante. Y rezad por que sea un problema importante, porque, si molestáis a la guardia sin algo importante, será lo último que hagáis en vuestras miserables vidas. ¿Habéis entendido?

– Algunas susurraron un suave “sí”, otras hicieron un gesto. Alguna ni siquiera contestó. La más pequeña temblaba en una esquina, mientras otra trataba de consolarla. El guardia continuó:

– Está bien. Parece que vamos a entendernos. Si hacéis todo lo que diga, exactamente como lo diga, cuando yo lo diga, podréis vivir. Incluso podréis tener momentos de esparcimiento y para vuestras propias necesidades. Si no cumplís las órdenes, no habrá futuro. Hay cámaras y drones controlando cada uno de vuestros movimientos. Así que no intentéis escapar. Aunque lo consiguierais, estamos a cien kilómetros de selva de la civilización más cercana.

El guardia salió por la puerta, acompañado de otros dos hombres. Entraron al momento algunas mujeres, que portaban alimentos y agua, que depositaron en una mesa de una esquina. Eran controladas en todo momento por guardias, que las conminaron a salir de inmediato tras dejar la comida. La puerta se cerró. Y, por un momento, se hizo un silencio completo en la sala. Luego, una de ellas empezó a llorar. Era la niña, la más joven. Otras se dedicaron un tiempo a mirarse, y mantenerse quietas, casi ocultas en sí mismas. Otras se acercaron a los alimentos. Probaron lo que había, y comenzaron a comer algo. Una de las que estaba en un lado, les espetó:

– Pero, ¿cómo podéis pensar en comer ahora? – Era una mujer algo mayor que las demás, de algo más de treinta años. Tenía un aspecto escuálido. Sus manos demostraban haber trabajado duro con herramientas manuales. En un mundo de robots avanzados, las manos semiesclavas seguían siendo la forma preferida de producción en muchas partes del mundo.

Una de las que estaba comiendo se volvió. Era algo más joven, unos veintitantos años. Tenía un aspecto algo más sosegado, y duro. La miró un instante, y contestó:

– Si tengo que escapar de aquí, prefiero que sea con el estómago lleno. Luego una ducha, y a dormir. Y mañana, a preparar el plan de fuga de este agujero. – La primera replicó:

– ¿Cómo puedes hablar tan tranquila? Estamos secuestradas. Y tú sabes por qué. O mejor, para qué. Y ya han dicho que no hay

escapatoria. Estamos en medio de una selva, vete a saber dónde: Venezuela, Colombia... — Aquella mujer replicó:  
— Siempre hay escapatoria, solo se trata de analizar las opciones — afirmó, mientras daba otro bocado.  
— ¿Sabes mucho de escapar de sitios como este?  
— Algo sé. En el centro de menores adquirí grandes conocimientos. Luego me escapé de mi marido y de sus palizas. Antes le reventé la cabeza, por supuesto. Estuve seis meses en prisión. Pero conseguí convencer a algunos para que me rebajaran la pena.  
— Entiendo. Usaste métodos directos.  
— Algo así. Hay que ser práctica en esta vida.  
— Es monstruoso. — La mujer que comía rió:  
— ¿Monstruoso? No me vengas con historias morales. Yo sigo viva gracias a eso. Y gracias a eso seguiré viva aquí. Veremos qué puedes decir tú dentro de tres días.

Se hizo el silencio durante unos instantes. Luego otra intervino. Era de unos treinta años, de piel negra, pelo castaño oscuro, y ojos negros. Dijo con voz seca, dirigiéndose a la que acababa de hablar:

— Tú sabes mucho de escaparte y de manipular a los hombres, por lo que veo. Yo no me creo nada de lo que dices. Eres de las que luego se lo hace encima al mínimo jaleo. Tendrían que haberte puesto pañales. — Otras no pudieron evitar reír. Las primeras risas suelen ser las más liberadoras, incluso en esas circunstancias. La que era objetivo del comentario respondió:  
— No me importa si me crees o no. Yo sobreviviré. Vosotras, como si os pudrís en el infierno, no me importa. Quédate tú si quieres. A mí solo me verás correr a la menor oportunidad. Claro que tú con ese trasero enorme difícilmente podrás moverte. ¿Has buscado alguna cama reforzada para aguantar esa masa de carne?

De nuevo hubo algunas risas. La mujer negra se acercó a la mesa. Era evidente que no era comida lo que buscaba. Levantó el brazo para golpear, cuando notó una mano que detenía su brazo. La mujer se giró impulsivamente.

— ¿Qué haces? ¡Suéltame! ¡Suéltame o te rompo la cara! — Aquella mujer la soltó suavemente, y le hizo un gesto para que se calmara.

Era bastante joven, de piel muy blanca, morena y de cabello largo, de ojos azules. Intervino por primera vez diciendo:

– Atacándonos unas a otras, o insultándonos, no vamos a arreglar nada.

– ¡Pero ella!...

– Es mejor que no empecemos a perder los nervios – cortó aquella mujer de ojos azules, mientras miraba a todas intentando que captaran su mensaje –. Mejor será que intentemos buscar alguna solución, y en eso estoy de acuerdo con... ¿cómo te llamas?

La mujer que comía pronunció su nombre mientras se terminaba unas galletas.

– Cristina. Y espero que otras tengan el mismo sentido común que tú. Porque yo prefiero estar muerta que aquí. Y si esa negra hubiese llegado a golpearme, la habría matado de un solo golpe. Así que es su día de suerte. – Una mujer del fondo habló por primera vez:

– Valientes palabras. Pero yo no prefiero salir muerta de aquí. – La joven de ojos azules asintió, y confirmó el comentario.

– Tiene mucha razón. Todas queremos salir de aquí, pero vivas.

¿Cómo te llamas? – La mujer del fondo contestó:

– Deyanira. Pero todos me llaman Yani.

– Yani tiene razón. No vamos a salir muertas de aquí. Ese debe ser nuestro objetivo: salir vivas. – Luego se dirigió a la mujer negra.

– ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

– Babila.

– Babila, es bonito. – Otra de las mujeres intervino. Era de una edad cercana a los treinta. De pelo castaño claro, piel morena, y ojos rasgados marrones. Preguntó:

– ¿Qué es esto, una fiesta social? ¿No os habéis enterado? ¡Estamos secuestradas! ¿Es que no lo veis? ¿No sois conscientes de para qué estamos aquí? – La mujer de ojos azules contestó con seriedad:

– Por supuesto que lo vemos. No nos quieren como administrativas, eso lo tenemos todas muy claro. Por eso tenemos que calmarnos. Conocer nuestros nombres será bueno si hay problemas. O si hay que preparar un plan de huida. Porque colaborando tendremos más oportunidades.

– Eso es verdad, y aceptaré ayuda incluso de esta negra si deja de decir estupideces y colabora – afirmó Cristina sin dejar de comer –.

¿Y tú, cómo te llamas?

– Sandra. Y ahora sugiero, si no os parece mal, que nos duchemos

como nos han ordenado, y nos vayamos a dormir. Pensad que están escuchando esto. Y hay cámaras ocultas. Si no hacemos lo que dicen esos bestias, tendremos problemas.

— A mí me da igual — dijo Cristina mientras se limpiaba la boca con la manga —. Ya sé que nos oyen. Y quiero que sepan que estoy dispuesta a fugarme, es más, esperan que algunas lo intentemos. Pues yo pienso escaparme de aquí. Viva o muerta.

— ¿Otra vez lo de viva o muerta? ¿Es que no has oído a Sandra? — Le espetó Babila.

— ¿Esa cría? Claro que he oído lo que ha dicho la fina señorita Sandra. Por su aspecto es evidente que es de buena familia. Cabello perfecto, cutis perfecto, se nota que hace deporte, y la ropa que lleva es cara. Habrá vivido entre algodones toda su vida, y se cree muy lista. Si hubiese pasado dos días en algunos agujeros donde he estado yo, sería ella la que se lo haría encima. Con pañales o sin pañales.

— No es bueno prejuzgar a la gente — Sugirió Sandra. Cristina repitió las palabras con tono burlón.

— No es bueno prejuzgar a la gente... Solo hay que verte. Una niña bien, que ha tenido un mal día y ha sido secuestrada. ¿Cómo se te llevaron? ¿Estabas en el salón de belleza, y llegaron esos guardias?

— Había ido a ver a mi madre. Vive en un barrio algo problemático. Le he pedido que lo deje y se vaya conmigo, pero es su casa de toda la vida, y no quiere irse. Se me hizo tarde. Se me echaron encima con una lona y una furgoneta. Fue en segundos.

— Claro — confirmó Cristina —. Eso nos ha pasado a todas. Ese es su método.

— Y, si sabes tanto, ¿por qué te han atrapado?

— Porque no sé tanto, estúpida.

Sandra no respondió al insulto. Vio, entre los rostros, uno que realmente temblaba de miedo. Se acercó, y se colocó al lado.

— Está bien, dejemos eso ahora. ¿Y qué tenemos aquí?

Sandra se aproximó a la más joven. Estaba sentada en la cama. Temblaba, e intentaba disimular que no lloraba. Alzó levemente los ojos al ver llegar a Sandra. Esta se puso de cuclillas, le tomó la mano, y sonrió. La joven la miró a su vez. Sandra le preguntó:

— ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

— Ana — contestó la joven.

— ¿Y cuántos años tienes?

— Doce. — Cristina intervino:

— A algunos les gustan tiernas y esponjosas, y sin estrenar. Sandra volvió el rostro hacia Cristina, con una mirada fría:

— ¿Quieres hacer el favor? Es solo una niña. — Cristina hizo un gesto con la mano, como ignorando el comentario, y el asunto. Sandra se volvió a la niña.

— Vas a estar bien, Ana. No te va a pasar nada. — Yani intervino:

— ¿Cómo puedes decirle eso a la niña? Eso no es verdad. Sabes que no puedes decirle eso a la niña. Cuanto antes lo asuma, mejor. — Sandra elevó la vista, y respondió:

— Se lo digo porque yo no quiero que le pase nada. Y no lo permitiré. Por eso.

— Lo que tú quieras no va a sacarnos de esto, ni va a evitar todo esto

— aseguró Yani —. Van a destrozarle la vida, como a las demás.

— Estoy de acuerdo con Yani — confirmó Cristina —. A mí ya me violaron varias veces con menos años que ella. Es como una vacuna. Cuando te acostumbras, al final ya no te importa, ni te duele.

Incluso puedes usarlo en tu beneficio.

— Eso es... monstruoso — afirmó Yani.

— Eso es la verdad, y mejor que lo asumas, o tendrás la tentación de pegarte un tiro a la menor oportunidad y acabar con toda esta basura. Es mejor ser práctica. Y sobrevivir.

Hubo un corto silencio. Luego intervino Sandra:

— Ya veremos. Desde luego, tu filosofía no es algo que yo personalmente vaya a aceptar. Ni tampoco la aceptas tú, solo que no lo sabes. Por ahora, no adelantemos acontecimientos. Pero esta niña es desde ahora mi protegida. — Cristina rió.

— ¿Tu protegida? Reza para que sigáis vivas las dos mañana a estas horas. Si te enfrentas a esos guardias por la niña, te violarán veinte veces y te darán de comer a los perros en pedazos. Hazlo a su manera, y acabarás igual, pero sin la parte de los perros. — Sandra contestó:

— Esa es tu forma de verlo. No la mía. ¿Os parece que dejemos todo esto y nos duchemos de una vez? Luego vamos a dormir, porque si



seguimos hablando, y no hacemos lo que nos han dicho, podríamos tener problemas.

Todas asintieron en silencio. Incluso Cristina. Se ducharon, se pusieron unos camisones que tenían sobre las camas, y cayeron rendidas. No hubo más palabras hasta el amanecer. Todas durmieron. O eso les pareció a los guardias.

## Segunda parte.

– Delta Sigma 6, informando. ¿Me recibes? – Una voz grave sonó al otro lado de la comunicación. Era una voz fría, y tensa.

– DS6, soy Albert Clark. Recibo alto y claro. Informe de estado.

– Me encuentro tumbada en una cama, con las mujeres secuestradas. Nos han llevado al punto esperado. Estoy a doscientos veinte metros del emplazamiento principal. Deduzco que la información objetivo debe estar en ese área. El dron está escaneando la zona, recopilando datos del complejo.

– Conforme. ¿Cuándo piensas acceder al área?

– Al amanecer seremos llevadas allá. Entonces podré realizar una valoración más concreta. La seguridad es alta. Los drones van equipados con transmisores de alta frecuencia. Estoy transmitiendo en una banda muy alta para evadirlos.

– De acuerdo, ¿alguna cosa más?

– Sí. Estas mujeres están siendo maltratadas. Van a ser usadas como esclavas sexuales y mano de obra a coste cero.

– Afirmativo. En los seis últimos meses se han recibido tres grupos en ese punto, este es el tercero. La misión continúa tal como se estableció. Y recuerda: es fundamental no levantar sospechas.

– Pero estas mujeres son víctimas de la trata, y hay una niña...

– Son víctimas de trata de seres humanos, correcto. Y son sacrificables. La niña también. La misión tiene prioridad.

– Deberíamos intentar...

– Sandra, tu misión es la que ha sido programada. Tiene prioridad absoluta. Obtener la información. Escapar sin levantar sospechas del robo de dicha información. Y enviar la totalidad del contenido de los datos desde un punto de transmisión totalmente seguro y verificado. Estos parámetros de la misión eran conocidos desde el principio por ti. ¿No es cierto?

– Así es.

– De acuerdo. Entonces cumple con la misión tal y como está planificada. Concéntrate. ¿Es que hay algo que no funciona correctamente en tu interior?

– Todo se encuentra dentro de los parámetros estándar.

– Bien. Entonces cumple las órdenes, y olvídate de esas mujeres. Y de la niña. Es una orden. Transmisión terminada.

La comunicación se cortó. Clark se volvió a otro hombre. Era un hombre mayor de pelo blanco, relativamente alto, enjuto, con bastón. Tenía una pipa en la boca, y se encontraba sentado tras la mesa en la que estaba Clark. Este se dirigió a aquel con una voz seca:

— ¿Qué ocurre, Héctor? Se supone que Sandra es la herramienta perfecta para este tipo de operaciones. Y me convenciste de que llevaría a cabo la misión sin incidencias, y con un resultado perfecto.

— Héctor dio una calada a su pipa. El humo salió despedido lentamente en todas direcciones. Luego respondió:

— Sandra es la mejor preparada para esta misión. Puedes estar seguro de ello. Todas las pruebas de campo que le hicimos terminaron con resultados excelentes. Incluso sorprendentes. Hará su trabajo. Y lo hará bien.

— ¿Y ese repentino interés por esas mujeres? Ellas son solo la excusa para mezclarse y que pase desapercibida entre las demás. ¿A qué se debe ese repentino interés de Sandra por liberarlas?

— No lo sé, Albert. Ella no está sujeta solo a los parámetros de la misión. Eso le permite crear distintas estrategias, y adaptarse mejor a las circunstancias. Puedo imaginarme algunos escenarios por los que está actuando así.

— ¿Imagínártelo? Con Sandra nada debería quedar dentro del mundo de la imaginación. Va en contra de su naturaleza. — Héctor sonrió, y contestó:

— Me temo que, Con Sandra, todo va a quedar dentro del mundo de la imaginación...

*La zona oscura.*

La puerta se abrió de golpe, y seis hombres entraron rápidamente donde habían dejado a las trece mujeres, armados con fusiles de asalto. Tras ellos, el mismo hombre del día anterior, el jefe de la guardia.

— ¡Vamos! ¡Todas en pie! ¡Os concedo diez minutos para ir al lavabo y vestiros! ¡Si alguna falla, todas tendréis problemas!

Las trece mujeres se asearon como pudieron, y se vistieron rápidamente. Ana, la pequeña, no se despegaba mientras tanto de Sandra, que la ayudaba en todo momento. Las hicieron formar en una fila de dos, y salieron a un camino de tierra que se dirigía hacia el sureste. Los seis guardias controlaban a las mujeres en todo momento. Uno de ellos observó que la niña iba de la mano de Sandra. Se acercó y le dijo a esta:

- Suelta a la niña inmediatamente. — Sandra le reprendió:
- Es pequeña. Tiene miedo.
- No ha visto nada todavía. Haz lo que te digo, o tomaremos medidas contra ti, contra ella, y contra alguna otra al azar. Y no os gustará.

Sandra soltó a Ana, que la miró asustada. Sandra le hizo un gesto con la mano para que estuviese tranquila. Ambas siguieron caminando juntas.

Al cabo de diez minutos llegaron a un edificio que tenía un aspecto mucho más cuidado y moderno que la vieja casa en la que habían dormido. Entraron, y las llevaron a una sala subterránea, bajando unas escaleras, donde fueron formadas en línea.

- ¡Venga, desnudaos todas! ¡Ya! — ordenó el jefe de la guardia. Unas se miraron a otras. Lentamente se fueron quitando la ropa, que quedó tendida en los pies. El guardia continuó:
- Muy bien. Ahora vendrá una inspección. No habléis, no os mováis, no parpadeéis, excepto si os lo ordenan, y no habrá que lamentar daños innecesarios.

La sala disponía de una puerta de gran tamaño, que se abrió inmediatamente. Por ella entró un hombre con un traje impecable, moreno, de unos treinta y tantos años, que iba escoltado por dos guardias.

Aquel hombre se acercó a un extremo de la fila, y comenzó a caminar lentamente, mirando una a una a las trece mujeres, sin mover el gesto y sin decir nada.

Cuando hubo terminado, se volvió al jefe de la guardia, el mismo hombre que el día anterior las había llevado hasta la vieja casa, y le preguntó:

— Janos, ¿es esto todo lo que puedes suministrarme? — Janos, que era el nombre del jefe de aquella guardia, replicó:

— Los controles de seguridad han aumentado. Algunos jefes de policía ya no colaboran como antes, y hemos sufrido incluso alguna detención. Además, algunas mujeres se han organizado para ir en grupo, con lo que dificultan las operaciones.

— No me vengas con historias, Janos. Esas excusas siempre han estado ahí. Y ahora dime, ¿es que no me he expresé con claridad con respecto al tipo de mujeres?

— No le entiendo, señor.

— Esta negra. — Aquel hombre se dirigió a Babila. La agarró del cabello, y tiró hacia atrás, con lo que Babila quedó mirando hacia arriba. Luego la empujó para arrodillarse en el suelo diciendo:

— Así está mejor. Los negros deben arrodillarse siempre ante un blanco. ¿No es cierto, negra? — Babila vio cómo aquel hombre la miraba directamente. Hizo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza. El hombre trajeado sonrió. Luego la soltó.

— ¿Lo ves, Janos? Hay que educarlas, y aprenden rápido si los estímulos son los correctos. ¿Qué le digo yo ahora al jefe de las escuadras de Helheim cuando vean que les suministramos como material a una negra? ¿Quieres que les diga que eres tú el responsable?

— Me encargaré de ella, señor — replicó el jefe de la guardia.

— No. Necesitamos urgentemente mano de obra. Se queda. Algunos tienen gustos muy raros, e incluso son capaces de acostarse con una negra sin vomitar. Pero si ocurre algo fuera de lo normal por culpa de la negra, te hago directamente responsable.

— Sí, señor — susurró el jefe de la guardia.

El hombre del traje dio unos pasos atrás. Miró de un lado al otro, y dijo:

—Muy bien. Esperamos la llegada de un grupo de hombres, que vienen de realizar una serie de operaciones por todo el mundo. Estos hombres llegan cansados y exhaustos. Han hecho un trabajo magnífico, y Rojas en persona quiere agradecerles el esfuerzo llevado a cabo. Vosotras os encargaréis de que su estancia aquí sea lo más grata posible. Eso incluye a la negra, si alguien está tan enfermo como para acostarse con ella claro. Aunque siempre podrá servir de diversión un rato antes de partirle el cuello, que es en todo caso lo que terminará pasando tarde o temprano. Y recordad: Obedeceréis todas y cada una de sus instrucciones y órdenes. Haréis lo que os pidan. Al momento. Y sin preguntar. Espero que os haya quedado claro.

El hombre del traje se acercó a Sandra. La miró de cerca un instante, y comentó:

—Esta pieza no está nada mal, tengo que confesarlo. Te eché el ojo cuando llegasteis. Con esta has hecho un buen trabajo, Janos. Por una vez tengo que reconocer que has acertado.

—Gracias, señor.

—No me lo agradezcas. El resto son en su mayor parte pura basura. Pero esta no está nada mal, tengo que confesarlo. —El hombre del traje se dirigió directamente a ella.

—¿Tienes nombre?

—Sandra. Sandra Kimmel.

—Muy bien. Veo que no quieres despistarnos con nombres falsos. Si hubieses intentado engañarme, habrías tenido problemas. Las que mienten no duran mucho aquí. Sabemos más de vosotras de lo que imagináis. Procuramos informarnos detalladamente sobre cada individuo que traemos aquí. Y, por cierto, a mí me llaman Octavio. Ya sabes, por lo del emperador. Eres estadounidense.

—Sí. —Octavio sonrió.

—Se dice “sí, señor”.

—Sí, señor.

—Muy bien, Sandra. Eso está mejor. Y unos hombres malos te trajeron aquí, ¿no es así?

—Fui a ver a mi madre. Señor. —Octavio puso cara de sorpresa.

—¿De verdad? Qué tierno. Fue a ver a su mamaíta, y mira dónde ha acabado. Tú vendrás conmigo. —Janos intervino:

– Pero señor, son para la escuadra de Helheim, tengo órdenes de...  
– Octavio le cortó:  
– ¿Órdenes de qué? Querías quedártela para ti antes de que venga el grupo de la escuadra de Helheim, ¿no es eso? Acuéstate con la negra si quieres, pero no olvides lavarte con lejía después, queremos unas instalaciones limpias. Pero esta se viene conmigo.

Octavio empujó levemente a Sandra, y le señaló con el dedo la puerta.

– Vístete, y vete afuera. Espérame ahí. – Luego se dirigió al resto, y les dijo:

– Escuchadme todas, y la negra también: ya podéis vestiros. Escuchad esto porque es importante para vuestro futuro. Tenéis que entender que aún podéis salir vivas de aquí. Si os portáis bien. No deis problemas, eso es todo lo que os pedimos. Las que sobrevivan y comprendan las reglas, las acaten, y las cumplan convenientemente, podréis vivir. Incluso con ciertas comodidades en algunos casos, y durante un tiempo. Luego seréis devueltas a vuestro lugar de origen, normalmente en seis meses, o un año. Alguna podría quedarse, si demuestra una verdadera fidelidad, y es eficaz para algún puesto. El resto, seréis eliminadas. Normalmente una cuarta parte de cada grupo no superan todo esto. Alguna vez he llegado a ver sobrevivir a la mitad del grupo durante los primeros tres meses. Yo espero que sobreviváis todas. Necesitamos mano de obra. Pero, en última instancia, dependerá de vosotras. Ahora os asignarán unas habitaciones individuales, donde tendréis algo de comida, agua, ropa, y un baño. Ahí esperaréis a que vengan los hombres de Helheim. Y recordad algo importante: ellos son dioses. Y vosotras les obedeceréis en todo lo que digan y os pidan. Sin preguntas. Y sin dudas. Pensad en ello. Ah, y una última cosa: está bien eso de que queráis escapar. Me decepcionaría que alguna de vosotras no lo intentara. Siempre hay algunas que lo intentan. Y sirven de ejemplo para las demás cuando fracasan. Así que ya veréis quién sirve de ejemplo en esta ocasión entre vosotras. Eso es todo. Pensadlo bien. Os va la vida en ello. Si os pasa algo, será vuestra única responsabilidad.

Octavio se volvió, y se dirigió a Sandra:

—Vamos, acompáñame. Has despertado mi curiosidad. Entre otras cosas.

Octavio salió con su escolta. Sandra le acompañó, pero antes y desde la puerta se volvió y miró a Ana, que la miraba horrorizada. Sandra le guiñó un ojo y le sonrió. De algún modo, Ana se tranquilizó ante aquel gesto.

Octavio y Sandra caminaron por un largo pasillo, hasta la base de una escalera de mármol enorme que subía a la zona superior. Allí se dio la vuelta y ordenó a la escolta:

—Está bien, podéis ir a la cantina a tomar algo. Ya me encargo yo de todo. —Uno de los guardias intervino:

—Pero señor, nuestras órdenes son no dejar nunca sin vigilancia a ninguna mujer recién llegada, y...

—¿Y qué soy yo, imbécil? —Le espetó Octavio—. Yo soy toda la vigilancia que hace falta. ¿No la ves? Es una mujer, nada más. Y casi una niña. No me dará problemas, te lo aseguro. Y, si lo intenta, yo puedo encargarme solo. No necesito tu patética ayuda. ¿Está claro? Y ahora, ¡largo!

Los guardias de la escolta se alejaron. Octavio indicó con el dedo que subiera las escaleras. Llegaron a una enorme habitación de gran lujo, con una mesa con sillas, un sofá, televisión, una suntuosa cama, y unas repisas con libros. Varios cuadros con motivos clásicos colgaban de las paredes. Octavio indicó a Sandra con el dedo que se sentara en el sofá. Él lo hizo en una silla con el respaldo hacia delante a una corta distancia de ella. Tras unos instantes, Octavio comentó:

—¿Sabes? Tengo un problema contigo. —Sandra enarcó las cejas ligeramente.

—Ah, ¿sí? —¿Y cuál es?

—¿Me tomas por estúpido? Tú no eres como esas otras. Eres completamente diferente.

—¿Por qué?



— Porque tienes clase. Educación. Presencia. Vi ayer cómo gestionabas el conflicto con las nuevas mujeres, con esa Cristina por ejemplo. Hiciste bien en evitar que matara a nadie. La hubiésemos matado de inmediato, y a otra, al azar.

— Suponía que ocurriría algo así. Tenía que evitarlo.

— Fue muy inteligente por tu parte. E insisto, eres especial. No tienes que mezclarte con esas zorras. Tú eres mucho mejor que esa basura de abajo. Ese cuerpo, por mucho que la naturaleza te haya favorecido, no se cultiva solo. Se nota que haces deporte, que sabes vestir. Vi la ropa que llevabas cuando te trajeron, marcas importantes y de lujo. Con un peinado perfecto, y una personalidad magnética. Dos tarjetas de crédito de un importante banco. Un carnet de colaboradora en SIGMA, el organismo para la defensa del planeta. En resumen: lo que se dice, una niña de la alta sociedad. ¿Y te dejaste atrapar simplemente y sin más? ¿En un barrio conflictivo, sin tomar las debidas medidas de seguridad que tomáis todas las niñas de la alta sociedad cuando os movéis por esas zonas? ¿Sin al menos un par de escoltas con armas automáticas, y pagados a precio de oro por tu papi? Lo siento, pero no me lo creo. Tú estás aquí por algún motivo. Y yo voy a averiguarlo.

— Cuánta imaginación tienes. ¿Me vas a torturar quizás? ¿Me vas a poner delante de un foco en una sala oscura, y a pegar con un puño de hierro?

— Es una posibilidad. Podría hacerlo. Y ese grupo que viene, los de la escuadra de Helheim, son expertos en esos temas. Pero no lo haré.

— ¿No? ¿Por qué no?

— Por dos razones: primero, porque sería una pena estropear ese cutis. — Sandra sonrió.

— ¿Y la segunda razón?

— Porque creo que puedes ser de interés para nosotros. Siempre que se demuestre que estás limpia, claro.

— ¿Yo? ¿De interés? ¿Por qué? ¿No acabas de decir que soy una simple niña de la alta sociedad?

Octavio giró la muñeca. El pequeño emisor láser tridimensional que llevaba acoplado en la parte inferior proyectó una imagen en el aire. Poco a poco se formó una figura, con datos aledaños. Era Sandra, y un informe completo sobre ella. Octavio comentó:

—Sandra K. Kimmel. Nacida en San Francisco, Estados Unidos. Edad: veintitrés años. Padre: desconocido. Madre: Eleanor Wells. Número de la seguridad social: 23230-9337-1M. formación: básicamente, una niña prodigio. Terminados los estudios secundarios con quince años. Estudios superiores de economía y empresa en Harvard, matrícula Cum Laude en análisis de riesgos para mercados internacionales. Ofertas actuales para trabajar como agente exterior en empresas de primer nivel en Nueva York, San Francisco, París y Tokio. Experta en artes marciales, computación cuántica, y algoritmos de lógica difusa... Cuando lo leí no me lo podía creer. Pero lo hemos verificado tres veces. Todo es cierto. En cuanto vi este informe, entendí que tenía que sacarte de ese grupo.

—Vaya, cuántas cosas sabéis de mí. Pero falta mi curso de cocina italiana. Soy una experta. —Octavio asintió, y continuó:

—Eres. básicamente, una niña prodigio. ¿Quieres que siga?

—¿De dónde habéis sacado toda esa información?

—Principalmente de la Global Security Agency por supuesto, y de SIGMA, esa agencia supuestamente ecologista para la que colaboras de vez en cuando. Tenemos contactos allí. Accedimos a su base de datos de ciudadanos, y extrajimos tu información. Queríamos saber qué teníamos delante. Lo hacemos con todas las mujeres que capturamos. La gran mayoría son basura, no sirven excepto como carne. Algunas se pueden aprovechar para tareas administrativas y de gestión. Pero tú, con ese currículum, digamos que tienes proyección. Y muy importante.

—Ya veo. Estáis muy organizados. Lo tenéis todo controlado. ¿Es por eso por lo que estoy aquí?

—No. Pero, al ver estos datos de ti, entendí que tenemos un diamante. No tienes por qué aceptar todo esto. Pero es mi deber buscar personal cualificado, y motivarlo para que colabore. Necesitamos gente preparada en tu campo. Y forma parte de mi trabajo conseguir convencerte de tus posibilidades con nosotros. Con dinero. Mucho dinero.

—Qué interesante. Una oferta de trabajo. Me secuestran, y me ofrecen trabajo.

Octavio se levantó. Sandra se levantó a su vez. Este la tomó del cuello, se acercó a su rostro, y le dijo:

— Una oferta, sí. No te imaginas cuánta gente secuestrada cambia de parecer cuando les pones delante suficiente dinero para ellos y sus familias como para vivir cómodamente toda la vida, sin preocupaciones, ni tener que trabajar doce horas diarias. Entonces se olvidan de repente del secuestro y de los males sufridos, y abrazan la causa con pasión.

— Entiendo. Parece interesante.

— Eso está bien. — Octavio soltó suavemente a Sandra, y continuó:

— Pero te lo he dicho antes, y te lo repito: eso será cuando estés limpia, y estemos seguros de tus intenciones. De momento, creo que tú has venido a buscar algo aquí. O a alguien. Eres demasiado brillante. Demasiado impresionante a todos los niveles. Físicamente perfecta. Con una mente perfecta. No puedes ser real. No pareces real. Tu informe tampoco parece real. El problema es que hemos verificado tus datos. Pero sigue sin parecerme real.

— Claro, Octavio. Porque no soy real. Soy un sueño en tu mente, y todos esos datos han sido fabricados para engañaros. ¿Es eso lo que quieres oír? — Octavio sonrió.

— Si estoy soñando, dime una cosa: ¿cuándo se va a transformar este sueño en pesadilla?

— De inmediato, si es necesario. Si no me prometes que protegerás a la niña, y la dejas conmigo, a mi cargo. — Octavio torció el gesto.

— ¿La niña? ¿Qué obsesión te ha entrado con esa maldita niña? Son para el grupo de las escuadras de Helheim. Las niñas de esa edad están muy cotizadas. Las escuadras de Helheim están sorteando quién violará a la niña primero. Y quién la despedazará luego. Además, hay cien mil niñas como esa donde la recogimos.

Explotadas, maltratadas, muchas de las que sobreviven se apuntan a bandas callejeras para poder comer, y se convierten en asesinas despiadadas, muy eficaces por cierto. Algunas, con quince años, son verdaderas máquinas de matar.

— Lo sé. Pero quiero a la niña. Y haré lo que digas. Todo. Pero la niña es el precio.

— ¿El precio? Escúchame bien: tú no estás en posición de exigir nada. Podría forzarte ahora mismo, y cortarte en pedazos luego. ¿Es que no me has oído abajo?

— Te he oído perfectamente. Pero no lo harás. No me forzarás, ni me cortarás en pedazos.

— ¿Por qué no?

— Porque no quieres. Porque soy un capital potencial para vuestros

negocios. Y porque tú no eres así en realidad. Tú no eres uno de esos de las escuadras de Helheim. Te haces el duro. Necesitas mostrarte ante tus hombres como un ser frío, manipulador, calculador, sin sentimientos. Desde pequeño tuviste que demostrar que eras el más fuerte. Tuviste que ganarte el miedo de los demás.

—Qué interesante. Me estoy divirtiendo. Sigue.

—En tu interior hay un artista. Un pintor. Puedo verlo. —Octavio torció el gesto.

—¿Cómo sabes eso?

—Es muy fácil. Esos cuadros de atrás, con motivos mitológicos. Tienen las letras “Oct.” en la firma. Es obvio que Octavio es un pseudónimo. Te lo pusiste porque amas la historia antigua. Y pintas motivos relacionados con Roma y Grecia. Octavio es muy adecuado a tus gustos.

—Vaya. Impresionante. Eres muy observadora.

—Lo soy. Tengo ojos en todas partes. Y tú lo que quieres es mantener una relación íntima conmigo, es cierto. Pero calmada, suave, y llena de pasión. No con amenazas, sangre, o dolor, mucho menos con torturas. Esa es la imagen que vendes de ti. Pero no la que consumes. Sabes que yo puedo ofrecerte todo eso. Y lo más importante: yo sé que tú lo sabes. Por eso me has separado de las demás, y me has traído aquí. Esto no es una sala de torturas precisamente. Te has deshecho de la guardia. Has querido empezar todo esto con una conversación, en lugar de ir directamente al grano, porque necesitas urgentemente un contacto humano real, basado en la cercanía, y no en el miedo. Tu interés comercial y profesional por mí es grande. Pero tu deseo sexual por mí es mucho más grande. Y yo puedo satisfacer ese deseo. Sabes que puedo. Por eso, accederás a darme a la niña. Porque es un precio asequible, a cambio de todo lo que buscas en una mujer, y ves en mí. Algo que solo yo puedo ofrecerte.

Octavio se mantuvo en silencio un instante, intrigado. Luego dijo:

—Sabía que eras especial. Desde que te vi llegar junto a las demás. Ciertamente has acertado conmigo. En todo. Tu currículum no miente, es evidente. Tienes una mente brillante. Y eso te hace más atractiva, si cabe. En cuanto a la niña, puedo buscar alguna excusa. Está enferma. Está muerta. Es una niña más, reservada para más

adelante. O es de una familia rica, y merece la pena pedir un rescate. Esas excusas podrían servir. En cuanto a mi arte, procuro pintar cuando no me ve nadie. Pero no queda bien que uno de los jefes de Rojas pinte. No da la imagen adecuada de mí. Pero sí, pinto desde que era pequeño. Mi madre guarda mis cuadernos de pintura en su casa todavía. Pareces saberlo todo de mí. — Sandra sonrió, y contestó:

— Por supuesto. Nunca me acuesto con un hombre sin saberlo todo primero de él. Es la forma de llegar a su interior, y explorar sus lugares más recónditos y oscuros.

Sandra no dijo nada más. No lo necesitó.

*Son solo datos.*

Al cabo de un rato, la puerta sonó dos veces, golpeada por unos nudillos. Inmediatamente sonó una voz.

— ¡Señor! ¡Tiene una llamada de Rojas para una reunión virtual! ¡En la sala de conferencias!

— ¡Está bien, dile que voy enseguida!

Octavio se levantó, y comenzó a vestirse, mientras Sandra continuaba desnuda en la cama, observándole. Al fin ella dijo:

— ¿Ya te vas? ¿Tan rápido? — Octavio levantó los hombros levemente en un gesto de resignación, y contestó:

— El deber llama. Rojas no admite esperas.

— ¿Nos veremos luego? — Octavio sonrió, y la señaló con el dedo.

— Escucha, tú no me vas a causar problemas, ¿verdad? — Sandra puso una cara de sorpresa total.

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Te lo he dicho antes: porque eres demasiado perfecta para ser real.

A cada momento siento que haces lo que quiero que hagas, dices lo que quiero oír, y todo por esa niña. Porque todo eso lo haces solo por la niña, ¿verdad?

— Es cierto. Lo hago por la niña. Pero de ti depende que empiece a hacerlo por ti también. — Octavio pareció ponerse nervioso.

— No sé qué me ocurre contigo, pero no puedo obsesionarme con una mujer. No es bueno para el trabajo.

— Pero yo no soy una mujer, Octavio. Y tú lo sabes. Soy tu fantasía más viva hecha realidad. Y sabes que eso solo se da una vez en la vida. ¿Vas a renunciar a eso? ¿Vas a entregarme a las escuadras de Helheim?

— Ni en sueños. Tú eres mía.

— Lo seré. Pero tiene un precio.

— Te traeré a esa maldita niña. Mandaré que vayan a buscarla. Puedo entender tu interés en protegerla. Lo respeto. Pero no todo depende de mí aquí.

— Claro que lo respetas. Tras esa máscara de monstruo, eres un artista. Hay un ser sensible ahí, en tu interior. — Octavio pareció dudar.

— Lo soy... pero es algo enterrado en lo más profundo de mí. Y es peligroso que emerja. Me deja al descubierto frente a los demás. Y eso es muy peligroso para mí.

— Pero no puedes negar lo que eres. Esa vida que llevas, y la gente con la que te relacionas, han enterrado esa parte de ti. Yo puedo ayudarte a redescubrir al artista que hay en tu interior. Sería un viaje que podríamos hacer juntos. Podemos explorar esos rincones de ti que has escondido todos estos años. ¿Te gustaría? — Octavio sintió cómo se aceleraba su corazón. Cada vez se sentía más abrumado por aquella mujer.

— Claro que me gustaría. Espérame. Mandaré que te traigan ropa. Pero no esa basura que se ponen las demás.

— Y...

— Y la niña. Llegará enseguida. — Sandra sonrió dulcemente, y afirmó:

— Al final va a resultar que hay un ser humano debajo de esa piel y esa coraza.

Octavio no dijo nada. Esa afirmación de Sandra, que alguien lo viese como a un ser humano, le dejó fuera de lugar. Aquello le tenía completamente superado. Pero ahora tenía que atender la llamada de Rojas. Daría la orden de traer a la niña. Y luego seguiría aquella conversación.

Al cabo de unos minutos, llegó una mujer portando un vestido suntuoso y zapatos. Sandra se vistió. Luego se abrió la puerta. Era Ana. En cuanto vio a Sandra, corrió hacia ella. Sandra la tomó por la

cintura y la levantó sonriente. Ana la abrazó con todas sus fuerzas. Sandra susurró:

— Tranquila, no te preocupes. Vamos a salir de aquí. Tú, yo, y todas las demás. Pero tienes que estar tranquila. Y no llamar la atención.

— Sandra se separó levemente de Ana, que mantenía los ojos húmedos. Esta asintió levemente.

— Muy bien. Ahora voy a hacer una llamada. Piensa que me comí un teléfono, y puedo hablar por él.

— ¿Llevas un emisor interno? — Sandra alzó las cejas.

— Vaya, vaya, muy bien. Los chicos de ahora sois una caja de sorpresas.

— Mi mamá me quería comprar uno, para poder hablar siempre.

— Pues yo voy a hablar ahora. Pero no oirás mi voz, porque no hablaré. Yo te diré cuándo he terminado. ¿De acuerdo?

— Sí. ¿Cómo puedes hablar sin hablar?

— Es como un truco de magia. Ya te lo enseñaré, ¿te parece?

Ana asintió. Sandra, de pronto, cerró los ojos.

— Clark, responde. — Clark contestó al otro lado.

— Sandra, informe de situación.

— Tengo los datos. Tal como imaginaba, Octavio los lleva codificados en forma de moléculas de proteínas en su torrente sanguíneo. He recogido muestras de sangre y semen mientras mantenía relaciones sexuales con él. También otros datos de interés.

— Muy bien Sandra. Continúa.

— Tengo la información relevante. Para transmitirla de forma segura tendré que salir de aquí, y enlazar con un satélite seguro.

— Afirmativo, tal como acordamos. Ahora escápate cuando puedas, y transmite los datos.

— Primero tendré que liberar a estas mujeres. Y a la niña, por supuesto. Se vienen conmigo. — Se hizo un momentáneo silencio.

— Sandra, eso no formaba parte de la misión. Lo hemos hablado. Y lo sabes.

— Lo sé. Y estaba de acuerdo, antes de empezar la operación. Pero he cambiado de planes.

— ¿Qué? ¡Tú no puedes cambiar de planes! ¡No volvamos de nuevo con esto, Sandra! ¡Hablaré con tus superiores!

– Hable con quien quiera. Con Héctor, si quiere. Tengo una misión nueva. Y voy a cumplirla. Transmitiré los datos, según sus instrucciones. No sabrán que los datos han sido sustraídos. Cumpliré la misión que me asignaron. Pero no abandonaré a estas mujeres. Ni a la niña. Esté preparado. Cierro conexión.

Sandra volvió a abrir un canal de comunicación nuevo. Este era más cercano. A unas decenas de metros, Cristina, que estaba alojada en la habitación que le habían asignado, escuchó una voz en su oído izquierdo.

– Cristina. ¿Me recibes? – Cristina miró a izquierda y derecha sorprendida.

– ¿Quién es?

– Tranquila, soy Sandra. – Cristina no podía creerlo.

– ¿Sandra? ¿Y cómo diablos?...

– Te introduje un nanodrón con un receptor emisor nanométrico en el torrente sanguíneo sin que te dieras cuenta.

– ¿Qué dices que has hecho?

– Calla y escucha. El receptor se ha acoplado a tu oído interno. No te preocupes, se disolverá en unos días. Mientras tanto, me permite comunicarme contigo.

– Ah, ¿sí? Ya sabía yo que eras rarita, además de la típica niña malcriada. ¿Y tú, con qué transmites? ¿Te comiste una emisora en el desayuno?

– No hay tiempo, Cristina. Necesito tu ayuda.

– ¿Mi ayuda? ¿Para qué?

– ¿No querías salir de aquí?

– Sí. Pero este lugar está muy protegido. Y...

– Deja eso ahora. ¿Vas a colaborar, y a hacer exactamente lo que te diga?

– ¿Por qué debería hacerlo? Podría denunciarte, y ganarme la confianza de ellos.

– Podrías. Pero el receptor nanométrico de tu oído incluye una dosis mortal de un potente paralizador nervioso. Y, de todas formas, sabes que te lo agradecerían con una sesión de tortura por vender a una compañera. – Cristina tragó saliva antes de contestar.

– Vaya, de pronto se me han quitado las ganas de denunciarte. Veo que sabes cómo funciona este mundo. Algo raro para una niña de la



alta sociedad.

– Alguna idea tengo. Además, tus ganas de huir son demasiado grandes como para venderme a nadie.

– Eso no puedo negarlo – confesó Cristina.

– ¿Sabes manejar armas?

– ¿Me tomas el pelo?

– Está bien. Te diré lo que vamos a hacer. Y tendremos que actuar deprisa. Tú tienes experiencia, eres rápida y ágil, y no tienes miedo.

– ¿Que no tengo miedo? Me lo estoy haciendo encima ahora mismo.

– Sí, pero lo haces con valor. Y ahora escucha atentamente. Porque cuando empiece todo, no habrá tiempo de hablar, ni de pensar. Seguirás mis instrucciones, una por una. Solo habrá dos alternativas: huir, o morir. ¿Te ha quedado claro?

– La historia de siempre. Soy toda oídos, Sandra. Nunca mejor dicho...

Media hora más tarde...

– ¿Pavlov? ¿Vasyl Pavlov?

– Al habla.

– Soy Albert Clark. Tenemos un asunto urgente.

– Todos lo son, o no me llamarían.

– Una agente infiltrada se ha vuelto loca, y está dispuesta a empezar una guerra propia contra una base de Rojas. No atiende a las instrucciones. La situación es muy inestable. No puedo darte su nombre ni datos de ella. Pero necesito que intervengas. Es una de las prisioneras esclavas.

– Entiendo. Le han entrado ganas de convertirse en la heroína del barrio.

– Algo así. Escucha, Vasyl. Ya que esa mujer se ha vuelto loca y va a crear una situación de conflicto, quiero que vayas allá. De ese modo se ocultará el robo de datos que acaba de efectuar. Quiero que lles a cabo el procedimiento habitual.

– Habitual, es decir: llegamos, arrasamos, y nos vamos.

– Exacto. Pero protege a esas mujeres. Una de ellas tiene que darme muchas explicaciones. Y es posible que esto pudiera salir a luz de la opinión pública. No me interesa que se sepa que no las protegimos.

Que corra la noticia de que hemos defendido a un grupo de pobres esclavas sería una buena publicidad para nosotros.

— De acuerdo. Entiendo que esa mujer se cree la nueva libertadora de la humanidad. La idea es protegerla a ella y a sus compañeras, y ganarnos la simpatía de las masas.

— Exacto. Protegemos el robo de datos, y obtenemos una publicidad positiva inesperada.

— Muy bien. ¿Qué hago con el resto del personal de la base?

— Lo acostumbrado.

— Entiendo.

— Tampoco te excedas, Vasyl.

— ¿Cuándo me he excedido yo?

— Siempre.

— Está bien. Te mandaré una postal.

— ¿Cómo llevas lo de Kathryn?

— No va mal del todo. Digamos que el ejercicio me ayuda a llevarlo adelante. Como esta operación por ejemplo. Estaremos en contacto, Albert...

### Tercera parte.

Algún lugar de Sudamérica. Medianoche.

— Sandra... ¡Sandra! ¿Me oyes?

— No grites. Te oigo perfectamente, Cristina.

— Pues qué bien. Hace cinco horas que íbamos a empezar una nueva guerra mundial aquí. ¿Lo has olvidado? ¡Y yo quiero mi arma!

— Sí, lo sé, pero ha habido novedades. Y no te obsesiones con las armas. No es bueno.

— Ah, ¿no? Yo creo que sí. En este mundo el respeto se consigue con un arma y un cargador lleno de balas; lo demás es perder el tiempo.

— Lo que se consigue es atemorizar a quienes tienes delante.

— ¿Y no es lo mismo?

— No exactamente. Escucha atentamente Cristina: van a atacar y destruir este lugar.

— ¿Y tú cómo sabes eso?

— Ellos creen que no puedo escuchar sus mensajes. Intentan ocultarlos. Pero tengo acceso a todo lo que dicen.

— ¿Y cómo lo haces? ¿Y ellos? ¿Quiénes son “ellos”?

— “Ellos” son una unidad especial de búsqueda y eliminación, pagada por un grupo de gobiernos, que negocian quiénes ganan, y quiénes pierden, sean empresas, instituciones, u otros gobiernos.

— Entiendo. Yo siempre estoy en la parte perdedora.

— Lo sé, Cristina, y créeme que lo siento. Pero no voy a permitir que os pase nada.

— Ah, ¿no? Mira, si resulta que tenemos un ángel.

— No, Cristina, no soy un ángel. Pero no permitiré que os arruinen la vida del todo. Esa unidad de combate la controla un experto que normalmente trabaja solo. Al parecer, un criminal sin escrúpulos.

— Todos lo son.

— Este es especialmente cruel, por lo que he podido averiguar. Es una especie de vengador. En esta ocasión, va a dirigir un ataque para destruir todas las infraestructuras y personal de estas instalaciones. Pero sus datos están extremadamente ocultos y enterrados.

— ¿Y nosotras? ¿Somos parte de la cacería?

— Respetarán esta área. No porque les interese que sobrevivamos. Sus razones son otras. En todo caso, saben que estamos aquí. Si

salimos ahora a otras zonas de este complejo estaremos en peligro.

— Y si permanecemos aquí estaremos en peligro. Estas mafias, la gente de ese Octavio y de Rojas, suelen terminar con el personal a tiros cuando notan que todo se puede ir al diablo.

— Lo sé. Pero esta unidad que se acerca es de intervención rápida. Y nosotras estamos apartadas de las zonas principales. No tendrán tiempo de actuar. Espero.

— ¿Esperas? ¡Pues qué bien!

— Tranquilízate. Si intentan entrar y acabar con nosotras, estaré a punto.

— ¿Tú? ¿Y qué les vas a lanzar para que no nos maten? ¿Un guiño de tus preciosos ojos azules? ¿Un besito?

— A veces un beso puede ser más poderoso que el mayor cañón que puedas construir, Cristina. Pero no, no es un beso. Calla ahora. Ya vienen...

Se escucharon unas explosiones lejanas. Luego, esas explosiones se fueron acercando. Algunos gritos. Algunas órdenes nerviosas. Un par de guardias llegaron al pasillo de las habitaciones donde habían encerrado a las doce mujeres, todas excepto Sandra. Iban armados con fusiles de asalto AK-12. Al momento, ambos guardias cayeron al suelo. Su corazón había recibido un disparo de un potente láser lanzado por un dron que se hallaba haciendo guardia frente a las puertas. Sandra comentó:

— Han venido dos guardias a matarnos. Pero están muertos. —

Cristina replicó, nerviosa:

— Ah, ¿sí? ¿Y qué los ha matado? Lo que ha acabado con ellos podría acabar con nosotras. Pueden ser hombres del operativo de asalto que está atacando estas instalaciones.

— No, no te preocupes. He sido yo. — Cristina quedó completamente confundida.

— ¿Tú? ¿La niña de la alta sociedad? ¿Y cómo...?

— No hay tiempo, Cristina. Abre la puerta.

— ¿La puerta? Está cerrada magnéticamente. Es imposible abrirla.

— Ya no. Ábrela. Y sal de ahí.

Cristina empujó la puerta. Cedió fácilmente. Al momento vio los dos hombres caídos. Instintivamente fue a uno de ellos. Le extrajo la pistola, los cargadores, y el fusil de asalto. Luego gritó:

— ¡Salid todas! ¡Las puertas ya no están bloqueadas! — Las mujeres fueron saliendo con temor, mirando en todas direcciones. Babila se acercó a Cristina.

— ¿Qué ha pasado?

— No lo sé. Esto es cosa de Sandra. Ha acabado con estos dos de algún modo, y ha abierto la puerta.

— ¿Sandra? ¿Ella sola? ¿Y cómo es posible?

— La única explicación es que ella no es lo que es. No es la niña de la alta sociedad que aparenta. O es eso, pero también algo más. Por eso la apartaron.

— Yo creo que la apartaron por otro motivo — aseguró Yani, que estaba cerca.

— Eso también. Pero Sandra no es lo que parece. Te lo aseguro. Me metió una radio en el oído. — Babila creyó saber de qué hablaba.

— ¿Un transmisor nanométrico?

— Vaya, veo que los conoces. Eso es lo que dijo exactamente.

— He trabajado en el diseño de modelos de circuitos y motores sobre ingeniería molecular — aclaró Babila —. Fue antes de que cerraran la empresa y nos despidieran. Me gustaría ver ese diseño de Sandra, debe ser muy interesante. — Yani comentó:

— Esa no es tecnología que maneje una niña de la alta sociedad.

Babila fue corriendo al otro guardia caído, sacó su pistola, y se la dio a Yani, que se la reclamó. Babila se quedó con el fusil de asalto.

Fuera, uno de los aerodeslizadores de transporte del grupo de asalto se acercaba a la zona. En su interior viajaba Vasyl Pavlov y el piloto, con una escuadra de seis hombres detrás.

— No me gusta esto; yo trabajo solo — reclamó Pavlov —. Esto no va conmigo. Yo no me dedico a rescatar a mujercitas indefensas. Luego se ponen a chillar al mínimo problema, y a hablar de vestidos y de moda, y lo complican todo.

— Siempre hay excepciones, Pavlov — comentó el piloto. Y añadió:

– Estoy detectando a alguien en la zona superior del complejo, donde se encuentran las mujeres que hemos de rescatar, para que mañana sean entrevistadas, y que esto parezca una operación de rescate.

– Si estas mujeres salen por televisión o en la red estarán condenadas – aseguró Pavlov –. El cártel no perdona los rescates. Siempre acaban con ellas y sus familias.

– Lo sé – respondió el piloto –. Pero nosotros quedaremos como héroes, y la verdadera razón de esta operación, el robo de datos, quedará oculta a la opinión pública, y sobre todo, al cártel... Añado que ese alguien en la zona superior del complejo es una mujer. Pero no debe ser del grupo. Lleva un fusil de asalto AK-12.

– ¿Es alguna a la que se le ha ocurrido hacerse la heroína? Activa el megáfono, y avísale de que somos los buenos. Si dispara, ordena al artillero que acabe con ella con la minigun. El AK-12 no representa un peligro para el blindaje del aerodeslizador.

De pronto, vieron un fuerte fogonazo de luz, que partía de la posición donde estaba esa mujer. Era una luz azul, que impactó contra el aerodeslizador. Saltó una alarma. Luego otra. El aerodeslizador empezó a temblar. El piloto gritó:

– ¡Nos ha dado! ¡Esa mujer nos ha disparado y nos ha dado!

– ¿Con qué diablos nos ha dado? ¡Eso no han sido disparos de un fusil de asalto! – Gritó Pavlov.

– ¡No lo sé! ¡Algún tipo de arma de energía muy potente! ¡El reactor de estribor falla! Debemos volver, Pavlov. Otro impacto y volaremos por los aires.

– Está bien, da la vuelta. Pero antes déjame en tierra. Quiero investigar esto yo solo. Y localizar a esa mujer, para preguntarle amablemente por qué nos ha disparado.

– Ni hablar, Pavlov. No voy a arriesgar ni un segundo más el aerodeslizador y nuestras vidas...

El aerodeslizador dio la vuelta. Sandra lo observó unos segundos. Luego bajó del tejado, desde el que había disparado con su phaser portátil, que llevaba oculto en el brazo. Luego fue a buscar a Ana, que la esperaba cerca, y la tomó de la mano. Llegó con ella donde estaban las mujeres. Todas la saludaron sorprendidas. Sabían que

era positivamente la responsable de que ya no estuviesen encerradas.

— Escuchad todas. Venían a rescatarnos en un transporte. Pero he tenido que dañar el aerodeslizador. No me preguntéis cómo. No hay tiempo. Su intención es que esta misión parezca un rescate. Quieren entrevistaros. Y haceros famosas. Si vuestra imagen se hace pública, estaréis condenadas. Vosotras, y vuestras familias. Ahora lo importante es despejar la zona, y salir de aquí.

— ¿De qué va todo esto, Sandra? — Preguntó una de ellas, llamada Lydia. Era una mujer de unos veintiocho años, morena de ojos negros, y rasgos amerindios. Fue Cristina la que respondió:

— Ya os lo he dicho: Sandra no es lo que parece. Eso es evidente. Ha dañado ese aerodeslizador de alguna forma, porque nuestros rostros no deben ser conocidos. Si nos rescatan, y sobre todo si nuestros rostros aparecen por televisión y por la red, estaremos acabadas. Rojas y su gente no dejarán de perseguirnos hasta acabar con todas nosotras, y con nuestras familias.

— Pero ellos tienen nuestros datos — aseguró Lydia. — Entonces fue Yani la que habló:

— Sí, pero supongo que pueden imaginar que morimos en el ataque.

— Eso es — confirmó Sandra —. El cártel no quiere publicidad de mujeres liberadas, eso daña su imagen. Pero, si podemos salir de aquí sin publicidad, y volver a nuestras casas sin hacer ruido, no vendrán a perseguirnos. No gastan recursos si no es necesario, y perseguir a trece mujeres que se han dado por muertas, o que no pueden demostrar que fueron secuestradas, no es de su incumbencia. Tendremos, por lo tanto, que salir de aquí. Pero tendremos que hacerlo por nuestros medios. Por eso atacué a ese transporte que se acercaba. Ellos pretendían usarnos como publicidad para limpiar su imagen. — Cristina preguntó:

— ¿Y qué has usado para dañar a un transporte militar, probablemente blindado? — Sandra sonrió, y respondió:

— Les he guiñado el ojo, como me aconsejaste.

— Qué graciosa es la niña — comentó Cristina.

— Mucho. Y ahora, vamos a concentrarnos en lo que importa.

Sandra evitó explicar que la otra idea del rescate era ocultar el robo de información. No tenían por qué saberlo. Les pidió a todas que recordaran su nombre a las demás. Luego continuó:

Ahora escuchad: puede que queden supervivientes en la zona. Hombres del cártel que se hayan refugiado en algún lugar. Quienes han venido a “liberarnos” han hecho un barrido y han destruido todas las instalaciones menos estas, pero siempre puede quedar alguien. Voy a salir ahí fuera, y voy a encargarme de ellos, para evitar que puedan reorganizarse.

—¿Tú te vas a encargar? —Preguntó Lydia—. Es evidente que eres algo más que una joven de clase alta, y no intentes engañarnos, porque no nos lo vamos a tragar. ¿Todo esto tiene algo que ver contigo? —Sandra las observó a todas, y contestó:

—Entiendo vuestras sospechas. Y no os voy a negar la realidad que tenéis delante. Pero cuanto menos sepáis, mejor. —Lydia iba a hablar, y otras comenzaron también a intercambiar palabras, cuando intervino Cristina alzando los brazos, y cortándolas:

—¡Silencio! ¿Queréis callaros de una vez? ¡Escuchadme, todas! lo que dice Sandra es cierto: cuanto menos sepamos de todo esto y de ella, mejor. Queremos salir de aquí, y sospechamos que Sandra no es en absoluto lo que parece. Para mí ya es demasiado saber eso. Yo prefiero no saber nada más. No queremos saber nada más. Pensad en nuestras familias. El cártel irá a por ellas a la mínima sospecha. Ahora mismo ya están en peligro.

—Eso es inteligente —aseguró Sandra—. Y ahora...

—No he terminado —cortó Cristina—. Si vas a salir fuera a cargarte a unos cuantos de esos cerdos, quiero ir contigo.

—Y yo —añadió Babila—. Nunca he matado a nadie. Hasta ahora.

—Matar no es fácil, ni es sencillo —aclaró Sandra. Babila contestó:

—Odiar sí es fácil. —Cristina asintió, y añadió:

—Es cierto. Y el odio hace al gatillo más ligero.

—Está bien, venid conmigo —concluyó Sandra.

—Estáis locas —intervino Yani—. Estarán bien armados y preparados. Son profesionales.

—Yo no soy manca —aclaró Cristina.

—Es cierto que son profesionales —contestó Sandra—. Pero si no vamos a por ellos, ellos vendrán a por nosotras. Y no harán preguntas. Dispararán sin mediar palabra, tenedlo todas por seguro. ¿Alguna de las que se queda sabe manejar armas?



— Yo — intervino otra mujer, llamada Delfina, de unos treinta años y pelo castaño, de media altura y piel morena, que se había mantenido al margen hasta ese momento. — Sandra asintió, y le dijo:

— Fuera debe de haber más armas. Ven con nosotras, busca un arma y munición, y vuelve. Protege el área. — Delfina asintió. Otra intervino. Se llamaba Lina, y era de piel algo más clara, con ojos marrones, cabello negro, y algo más joven.

— Yo voy a por otra arma con Delfina.

— De acuerdo. ¿Alguien más? — Una de ellas habló. Se llamaba Sara. Era bastante rubia, de unos veinticinco años.

— Yo no sé manejar armas. Pero puedo aprender rápido.

— No es necesario — negó Sandra —. Un arma no es algo que se controle fácilmente. De hecho, no se llega a dominar del todo nunca. Pero puedes vigilar la zona. ¿Quieres encargarte de la radio, y de Ana, por favor? Solo toca el botón y habla, podré escucharte de inmediato. — Sandra le ofreció un pequeño terminal de comunicaciones a Sara. Era del tamaño y forma de un dedo medio. Esta lo tomó en su mano, asintió, y dijo:

— ¿De dónde has sacado esta emisora? Parece muy moderna, y sofisticada.

— No te preocupes. La llevaba conmigo, bien escondida. — Cristina intervino:

— ¿Y dónde llevabas escondida esa cosa, Sandra? Yo también quiero divertirme, que estoy muy tensa. — Se escuchó alguna risa. Sara, dirigiéndose a Sandra, comentó:

— Efectivamente, eres muy rara. Ten por seguro que cuidaré de la niña. Tengo una hija. Más pequeña claro.

Sandra asintió, se dirigió a Ana, y le dijo:

— Quédate con Sara. Ella cuidará de ti.

— ¿Cuánto tiempo? — Preguntó Ana asustada.

— Poco tiempo. Pero es importante. Hay hombres armados ahí fuera. Vendrán a hacernos daño. Debemos evitarlo. ¿Lo entiendes?

— Ana asintió con mirada seria. Sandra sonrió, y rozó su rostro con la mano. La niña, que estaba temblando, se tranquilizó casi al instante.

— Vamos — indicó Sandra —. Id detrás de mí, y protegeos bien. Puede haber francotiradores. O pueden emboscarnos. Aunque no lo tendrán fácil.

Sandra, Cristina, Delfina, Lina y Babila salieron del edificio. El fuego de las estructuras cercanas iluminaba la zona. Sandra se volvió, y les preguntó:

— ¿Alguna de vosotras tiene experiencia policial o militar de algún tipo? — Cristina contestó:

— Yo tengo experiencia en correr delante de la policía. — Babila y Lina negaron con la cabeza. Delfina no hizo ningún gesto. Sandra se acercó a un guardia, con un arma en el suelo. El guardia aún estaba vivo, malherido. Quiso hablar, pero no pudo. Su cara estaba parcialmente quemada. Sandra le puso un dedo en el cuello. Al cabo de unos segundos, el guardia dejó de moverse.

— ¿Lo has matado? — Preguntó Lina.

— Estaba ya muerto en realidad — aclaró Sandra —. En su estado probablemente ni el mejor hospital le hubiese salvado. — Cristina intervino:

— ¿Qué dices? ¿Hospital? No sé cómo lo has hecho, pero mejor muerto que vivo. — Sandra tomó el fusil del guardia y la munición, y se la dio a Delfina. Luego tomó la pistola, y se la dio a Lina.

— Por favor, proteged a las demás. ¿Os aclararéis con esto? — Lina asintió, y guardó la pistola. Delfina tomó el arma con las manos. Sacó el cargador y lo verificó. Lo colocó de nuevo, revisó la mira, montó el arma, y respondió:

— Creo que sí me aclararé. Volvemos con las demás. No te preocupes. Le volaré la cabeza a cualquiera que no seáis vosotras.

Sandra asintió con la cabeza sin decir nada más. Delfina y Lina se alejaron. Cristina susurró:

— ¿Habéis visto cómo manejaba el arma Delfina? Qué frialdad. Qué templanza. Me han entrado ganas de comérmela entera.

— Ya tendrás tiempo para eso — comentó Sandra —. Ahora hay trabajo. Seguidme, a tres metros detrás de mí, una a cada lado, cabeza agachada, y silencio total. Ni un ruido. Solo actuaréis si os lo digo yo.

— ¿Y perdernos toda la diversión? — Preguntó Cristina.

— Harás lo que te digo. Eso es lo que pactamos, ¿recuerdas?

— Sí, mamita — concedió Cristina levemente.

Las tres caminaron unos metros. De pronto, Babila susurró:

— Algo se mueve en el aire, más adelante. Es un dron.

— Yo también lo veo — confirmó Cristina — . ¿Lo machacamos a tiros? — Sandra, sin volverse, respondió:

— No. Ese dron es mío, no os preocupéis. Lo controlo yo. — Babila y Cristina se miraron un momento. Fue Babila la que habló:

— Sandra, ¿qué nos ocultas? ¿De dónde ha salido ese dron? — Sandra esta vez sí se volvió. Contestó:

— Podría decirse que me lo he sacado de debajo de la manga. — Cristina intervino:

— Sigues siendo muy graciosa. ¿Alguna otra sorpresa más?

— Sí. Es posible que no sea lo único que me salga de la manga esta noche. Estad tranquilas.

Las tres mujeres siguieron moviéndose. Sandra les hizo un gesto de que se mantuviesen en silencio y quietas. Ella fue luego hacia lo que parecía una estructura pequeña, algún tipo de almacén. Indicó a cada una que se colocara a un lado del edificio. Luego les indicó con el dedo que había ocho hombres dentro. Ellas asintieron. Cinco de esos hombres se encontraban en la parte superior. Tres en la parte inferior, en lo que parecía un sótano.

De pronto, algo ocurrió. El dron se acercó, provocando el estallido de una microgranada de antimateria. Los hombres de la zona superior cayeron muertos al instante, excepto uno, que quedó herido. Sandra derribó la puerta de acero de una patada, y entró, disparando al hombre herido, uno de los guardias, que cayó al instante. Los otros tres se mantuvieron en la parte inferior.

La acción en sí duró unos pocos segundos. Sandra entró en la estructura, decorada solo con algunos muebles muy sencillos. Abrió una trampilla, e hizo subir a los tres hombres mientras les apuntaba con su fusil y les ordenaba tirar las armas. Uno era un guardia. Otro era Janos. Y el tercero era Octavio. Fue este el que habló, tras subir a la zona superior.

— Vaya, Sandra, me alegro de verte sana y salva. Sigues siendo una caja de sorpresas. Me encanta. Eres realmente increíble.

— Hola, Octavio. No te muevas por favor. Ni tú, Janos. Ni vuestro amigo.

— ¿Cómo has derribado la puerta? — Preguntó Octavio — . Es blindada, de acero.

— Tomo muchas vitaminas.

— Sandra, por favor.

— Estáis en el objetivo de mi arma, y de un dron — informó Sandra a los tres hombres — . Sugiero que no intentéis ningún movimiento sospechoso. El dron disparará inmediatamente. Y yo también.

— Sé que lo harás. Con cualquier otra sospecharía, no es fácil disparar. Contigo, las cosas son distintas. Lo que me alegra es ver que yo tenía razón. No estabas aquí por casualidad.

— Muy bien deducido. Pero demasiado tarde.

— La culpa es mía. Me dejé llevar. Caí como un adolescente.

— Eso forma parte de mi trabajo, Octavio, no te culpes. El sexo es el arma más poderosa que ha creado la naturaleza. Una cara joven y bonita, una sonrisa, un escote, y todo el control y frialdad desaparecen, y solo quedan las hormonas y la fiebre.

— Sigo sin saber qué haces aquí.

— Y así estás muy bien, Octavio. Y ahora, estaros quietos los tres. Las dos mujeres que me acompañan os aseguro que no dudarán en dispararos a la mínima oportunidad. Ellas no disponen de los controles y mecanismos de autocontrol que poseo yo. — En ese momento se oyó una voz desde fuera.

— ¡Sandra! — Gritó Cristina — . ¿Qué ocurre?

— Ya podéis entrar — informó Sandra a Babila y Cristina. Estas entraron inmediatamente con sus armas. Cristina comentó:

— Vaya, nos hemos perdido la diversión.

— Por supuesto — confirmó Sandra — . Ese era el plan: no poner os en peligro real en ningún momento. Pero sabía que ibais a venir de todas formas. — Babila comentó:

— Así que nos has invitado a venir porque, de todas formas, íbamos a venir contigo, y has hecho lo posible para no exponernos.

— Exactamente. — Cristina observó la puerta. Los goznes estaban destrozados. Comentó, dirigiéndose a Sandra:

— Esa puerta era de acero reforzado. Y la has derribado de una patada.

— Es la vida sana que llevo — aseguró Sandra.

— Claro, yo también derribo puertas de acero todos los días gracias a las zanahorias. Vamos Sandra, cuéntanos de qué va todo esto.

Aunque empiezo a sospecharlo.

— Va de que tenemos que salir de aquí, si es que esto está despejado ya y sin peligro. La pregunta es: ¿qué hacemos con estos tres?

Babila se acercó con el arma a Octavio. Le puso la bocacha del cañón en el estómago.

— Vaya, el cerdo ha sobrevivido. Siempre sois la peor calaña la que sobrevive. Sois como ratas; os metéis en los agujeros en cuanto hay el más mínimo problema.

— Babila, apártate, por favor. No te acerques tanto. Es peligroso.

— ¿Por qué? Es solo un cerdo cobarde.

— Aléjate, por favor, y mantén una distancia mínima.

— Hazle caso, tiene razón — sugirió Cristina —. Además, si disparas desde esa distancia le vas a estropear ese precioso vestido a Sandra con la sangre y las vísceras de ese imbécil.

— Te voy a hacer otro agujero en el culo, cerdo — susurró Babila a Octavio. Sandra insistió:

— ¡Babila, por favor, sal de ahí! ¡No tengo un buen ángulo! ¡Y lleva un microláser oculto!

El final de esa frase se enlazó con un disparo de un pequeñísimo láser oculto en la piel de Octavio a Babila, que cayó al suelo al instante. Sandra mientras tanto había disparado su arma contra Octavio, que cayó también. Cristina por su parte descargó un cargador completo sobre Janos y el guardia. Aquella acción también se desarrolló en unos segundos.

Las dos se mantuvieron inmóviles durante unos instantes. Luego Sandra se acercó a Babila. El láser de Octavio había entrado por la zona del plexo solar, y había impactado en la caja torácica. Babila yacía en el suelo, con una potente hemorragia interna. Por su parte, Janos y el guardia estaban completamente destrozados. Fue Cristina la que gritó:

— ¡Pero qué has hecho, Babila! — Sandra negó levemente, y comentó:  
— Me temo que no te puede oír. Octavio tenía un microláser de alta potencia oculto. No puedo detectarlo si está escondido bajo la piel orgánica. — Cristina asintió con seriedad.  
— Se dejó llevar. Lo he visto muchas veces. Ese odio irracional arrastra a muchos. Eso es lo primero que aprendes en la calle, si quieres sobrevivir: a soportar el dolor. O lo haces, o acabas así.  
— Por una vez voy a estar de acuerdo contigo, Cristina. No se puede ser instintivo con esta gente. Ni moverse con un espíritu de venganza, por mucho dolor que hayan provocado. Entonces estás perdido. Babila lo olvidó. O no quiso recordarlo. Es lamentable que esto tenga que acabar así. — Cristina alzó los hombros ligeramente, y contestó:  
— Cuando la vi tan nerviosa y dispuesta a meterse con ese imbécil supe que iba a pasar esto.  
— Tenía que haberlo atado primero. Y tenía que haberme interpuesto entre Babila y Octavio.  
— No pudiste hacer nada — excusó Cristina —. Se echó literalmente sobre él con el arma, antes de que pudieras actuar. Quería cargárselo. No pensaba en otra cosa que en meterle una bala. Y ahora está muerta. Es un error básico de novata.  
— No lo sé. No puedo precisar si hice lo suficiente o no. — Cristina miró un momento a Sandra con ojos entrecerrados. Luego dijo:  
— Y ahora que este lugar está asegurado, ¿queda alguno más?  
— No. El resto están muertos, o huidos.  
— Ya. Claro. ¿Y cómo lo sabes? ¿Y cómo viniste aquí directamente a buscar a estos bestias? No dimos un rodeo. Sabías que estos cerdos estaban aquí.  
— Así es. El dron me informó.  
— Claro. El dron. ¿De dónde ha salido ese dron, Sandra?  
— No importa. ¿No dijiste que cuanto menos supierais mejor?  
— Lo dije. Pero aquí hay algo más. ¿Y esa puerta blindada? ¿Y tus capacidades de comunicaciones? Y esa habilidad con las armas?  
— Entrenamiento. Duro entrenamiento.  
— Vete al infierno, Sandra. Tú no eres una niña de la alta sociedad. Tú eres un androide, y un modelo avanzado, además. — Sandra rió ligeramente.  
— ¿Un androide? ¿Había whisky en tu habitación? Parece que has tomado un buen trago.  
— No me tomes por estúpida. Eres un androide. Pero tienes que ser

un modelo extremadamente avanzado. —Sandra la miró un momento. Finalmente, dijo:

— Está bien, tú ganas. Puedes llegar a ser muy persuasiva.

— ¿Verdad que sí? —Dijo Cristina con orgullo.

— Quantum Computer System 60 avanzado de sexta generación, o, simplemente, QCS-60.

— ¡Vaya, un modelo 60! Dicen que sois de lo más alucinante. Nunca había visto ninguno.

— Yo tampoco.

— Y hasta tienes sarcasmo. Increíble. Pareces totalmente real. A la mayoría de gente los androides les asustan. Pero a mí me gustan. No maltratan a la gente. No someten a las personas. Son víctimas de los seres humanos. En eso nos parecemos. En general, prefiero a los androides.

— Espero que no les digas nada a las demás.

— ¿Decirles? ¿Yo? Yo no facilito información de interés a nadie a cambio de nada, Sandra. Ahora lo que me interesa es saber por qué estos bestias estaban aquí, en este agujero.

— Estaban controlando la mercancía, la droga, y las armas con las que trafican. Especialmente esos fusiles nuevos con computadoras cuánticas. Habrá que averiguar quién se las suministra. Tienen droga y armas abajo. Si la hubiesen protegido, Rojas les hubiese dado un premio. Si la hubiesen perdido, Rojas les habría cortado en pedazos. Ahora ya no hará nada de eso, claro.

— Es cierto, no pueden perder la mercancía. Pero estos ya no tendrán que preocuparse. ¿sabes cuánta droga hay ahí debajo?

— Suficiente CZ4 como para venderlo en el mercado por más de treinta millones. —Cristina abrió los ojos como platos.

— ¿Qué? ¿Treinta millones? ¿Tú sabes lo que es eso?

— Sí, es una cifra de dinero muy grande.

— ¿Grande? ¡Con eso podemos convertirnos en reinas del barrio, de la ciudad, y del país, sin pestañear!

— Claro. Hasta que Rojas descubra que te has llevado la droga, te siga hasta el fin del mundo, y te corte en filetes a ti también.

— Unos cuantos kilos no los notarán. Y con eso puedo vivir como una princesa. Tú no lo necesitas, Sandra. Pero yo tengo que pagar mis facturas. Y salir del agujero donde he vivido toda mi vida. Hasta podría comprarme algo de ropa. Y unos zapatos donde no sienta el tipo de suelo que piso con la piel.

— Olvídalo. Esto no es el cuento de la Cenicienta. Esto es la realidad.

Lo tienen todo contabilizado. Si tocas algo, sospecharán de todas. E irán a por todas, y os matarán a todas, sin importar quién fue la responsable. Serán sistemáticos. Se acaba con todas, y con sus familias, y así seguro que han acabado con la que se llevó la mercancía. Las escuadras de Helheim se dedican a eso. No debes hacer nada que afecte a las demás.

— Pues ellas que se preocupen de sus vidas, y si quieren mercancía que vengan a buscarla. Hay suficiente para que todas vivamos sin preocupaciones toda la vida. Y si alguna no quiere, es su problema. Yo lo tengo claro.

Sandra vio cómo Cristina bajaba, y subía cargada con varios paquetes de CZ4, sonriente y feliz. Miró a Sandra, y dijo:

— Con esto me voy a pegar la gran vida, Sandra. Si quieres un día te invitaré a mi pequeño yate. Ya me veo tomando el Sol en cubierta.

— Deja eso en donde estaba, Cristina. Y vámonos. No pondremos en riesgo las vidas de las demás. Bastante ha sido perder a Babila. Buscaremos un transporte que haya quedado operativo. Creo que hay un par de vehículos que pueden todavía servir para salir de aquí. Iremos encima unas de otras, pero saldremos de esta. Probablemente la gente de Rojas está en camino. Si encuentran toda la droga no tomarán medidas. Les interesa la droga. Y las armas. Lo demás es secundario.

— Lo siento, Sandra. Ya te he dicho que las demás pueden hacer lo que quieran. Yo me llevo esto.

Sandra alzó el fusil levemente. Apuntó a Cristina.

— Suelta la droga, Cristina. Y el arma. Ya. — Cristina la miró con sorpresa.

— ¿Me vas a disparar? ¿Por unos paquetes de CZ4?

— Por uno solo. Pones en peligro a todo el grupo.

— Al infierno el grupo. Eres un androide. No puedes dispararme fríamente.

— Sí puedo, si el peligro de dejarte con vida son más vidas en juego que la tuya propia. No solo te perseguirá el cártel. Lo hará la ley también. — Cristina rió.

— La ley. Claro. Mira, Sandra: las leyes que se obedecen son las que



tienen el cañón de un arma como garantía. Y resulta que soy yo quien tiene el arma.

– La ley te protegerá. Si actúas correctamente.

– Sandra, por favor, no seas tan ingenua. La ley solo ha servido y sirve a quienes están al otro lado; el lado de los poderosos, de los influyentes, de los corruptos que lo controlan todo. Ahora soy yo quien puede pasar a ese lado. No he pasado todo esto para tener la oportunidad de mi vida y dejarla escapar. Me he arrastrado por el fango desde que era una cría. Me han maltratado, me han pegado, me han violado, he tenido que comer con las ratas, he tenido que robar por desesperación. He pasado por todos los agujeros de mi país. Ahora me raptan, y tengo una oportunidad de mandar esa vida al infierno. No volveré a las cloacas de donde vengo, Sandra. Y tú no dispararás.

– Cristina. Por favor...

Cristina se volvió. Apuntó el arma hacia Sandra. Pero, antes de disparar, recibió una ráfaga. Cristina cayó al suelo, con varios impactos de bala en su cuerpo. Sandra la observó. Luego observó a Delfina, que se encontraba en el umbral de la puerta. Había llegado en ese momento. Y había visto la escena. Enseguida comprendió lo que pasaba. Y descargó varios disparos de su arma.

Luego entró, miró a Sandra, y dijo:

– Siento haber tenido que actuar. Pero era necesario.

– Lo sé. Y eso es lo que me preocupa.

– Veo que habéis acabado con Octavio y su pequeño grupo. ¿Estás bien?

– Yo, sí. O eso creo. Babila... se dejó llevar. Y Octavio acabó con ella. En cuanto a Cristina...

– Entiendo. Babila quiso vengarse. Y no pudiste pararla. Lo de Cristina, es otra pérdida absurda. Como lo son tantas en este tipo de operaciones.

– No pude ayudar a Babila. Ni disparar a Cristina. He fracasado en ambos casos.

– Es muy difícil detener a quien está atrapado en el deseo de venganza, Sandra. O a quien vive en la desesperación, como Cristina. No debes culparte.

- No lo sé. Realmente, no lo sé.
- Ya lo averiguarás. Te lo aseguro. Cuando comprendas que muchas cosas no dependen de ti.

Delfina se acercó a Cristina, que yacía en el suelo, y vio los paquetes caídos en las manos de Cristina. Comentó:

– Entiendo que supo que los paquetes del CZ4 estaban aquí, y quiso aprovechar la ocasión de sacar algo de todo esto. ¿No es así? – Sandra asintió levemente.

– Yo misma se lo dije. Ella perdió el control con el sueño de ganar dinero fácil, como Babila lo perdió con el deseo de venganza.

– Son reacciones muy habituales, en ambos casos. He tenido que disparar. Creo que tú no ibas a hacerlo. – Sandra miró el cadáver de Cristina. Luego miró a Delfina, y respondió:

– No lo sé. No sé si hubiese disparado. No podía permitir que ella se fuese. Pondría en peligro a las demás.

– Exactamente – confirmó Delfina. Sandra añadió:

– La vida de Cristina fue un infierno desde que nació. Solo había aprendido a sobrevivir. No entendía nada más de la vida. Porque nadie le explicó nada más. Solo sabía luchar por ver pasar cada día, y ver nacer el siguiente. No había un interés negativo en su acción. Solo un puro deseo de supervivencia. Solo aprendió a sobrevivir. Nadie le enseñó jamás qué es la justicia. Qué es la amistad. Qué es la solidaridad. Solo le enseñaron a defenderse con uñas y dientes. En esas condiciones, ¿quién soy yo para juzgarla? ¿Quién puede juzgar a alguien que nunca tuvo una sola oportunidad? ¿Cómo juzgar a quien solo recibió ira y dolor toda su vida?

– Entiendo lo que quieres decir. Es un problema de ética interesante. Pero vivimos en un mundo sin ética, Sandra. Y tendrás que aprender a vivir con ello. Yo no puedo ayudarte. Tendrás que solucionar ese conflicto tú sola. Y deberás hacerlo rápido. Si quieres sobrevivir a este mundo.

Delfina tomó los paquetes de droga. Los dejó con el resto de la droga. Finalmente, dijo:

– Has hecho un buen trabajo. Mejor de lo esperado.

– Tú eres una agente infiltrada en esta operación. – Aseguró Sandra.

- Correcto, Sandra. Y tú eres un androide modelo QCS-60 avanzado. Pero con características muy especiales, de eso no cabe ninguna duda. Esas dudas éticas lo demuestran.
- No eres de la G.S.A., ¿verdad?
- No. Trabajo para Héctor directamente. Quería monitorizar tu primera misión real. Pasará su informe a su inmediato superior, la mujer que gestiona todo el operativo, y un proyecto a escala mundial.
- ¿Y el resultado de la misión?
- Mejor de lo esperado.
- Está también el tema de Babila. No he podido salvarla. Eso no indica un buen resultado.
- Los parámetros principales de la misión se han cumplido. Todos. Y no podrás salvar a mucha gente, Sandra. Eres una androide. No una diosa.
- Eso no es aceptable.
- Lo entiendo. Ha habido lío contigo, sin duda. Clark está muy disgustado. Dice que eres un fraude, que has puesto la operación en peligro. Pero tienes los datos. Ellos no sospechan del robo de información. Y, en el proceso, casi matas a uno de los agentes más importantes del gobierno, o quizás el más importante. Un tipo algo siniestro al que solo llaman cuando la situación es muy desesperada. Esa aeronave que se acercaba, y que atacaste con el phaser, tenía a ese hombre dentro.
- No quise derribar su nave. No era necesario matarlos.
- Pero podrías haberlo hecho.
- Sí. Pero opté por ahuyentarlos. No merecía la pena que perdiesen a ese gran agente que tienen, sea quien sea ese hombre, y a los demás que viajaban con él. No es necesario que se pierdan vidas.
- Supongo que no. Pero lo importante es que has pasado la prueba con éxito.
- ¿Todo esto era una prueba?
- Todas las misiones son una prueba, Sandra. Todas. Sin excepción. Y lo has hecho muy bien.
- ¿Incluso con mis problemas de ética?
- Especialmente, por tus problemas de ética. Y ahora vamos, saquemos a esas mujeres de aquí. Hay un vehículo cerca. Ya lo he revisado.
- La niña viene conmigo. — Delfina asintió.
- Por supuesto. La niña va contigo. ¿Sabes quién es?

- Ana. No he podido averiguar nada más.
- Su nombre completo es Ana Velasco. Es la hija de uno de los líderes del petróleo, y hombre más influyente de esta zona: Juan Velasco. Ellos no lo sabían.
- No tienen toda la información.
- Tienen la información que nosotros queremos que tengan. Por eso les llevamos cierta ventaja. Al menos, de momento. Vamos. Nos esperan.

Sandra, Delfina, y el resto marcharon en un vehículo, por un camino de tierra. Sandra conducía, con Ana pegada a ella. Atrás quedó el fuego, la destrucción, y la muerte.

Pero Sandra sabía que esa sensación de dejar todo aquello atrás era solo algo pasajero. Pronto llegarían más misiones. Más operaciones. Y más misterios.

Y, en todos, la ética de la vida, y de la muerte, estarían presentes. Sandra debería luchar contra sus dudas. Contra su programa. Contra su naturaleza.

Y Héctor contaba con ello.

## Epílogo.

Una mujer de avanzada edad observaba unos datos dispuestos en una ventana tridimensional. Su mirada era fuerte, poderosa, producto de muchos años de luchas. Pero su espíritu seguía teniendo la rebeldía de su juventud. Sorbió algo del café que tenía en la mesa. Luego susurró:

- Café real. Cómo lo echaba de menos. —Sonó una llamada.
- Leena. Soy Héctor. —Leena sonrió.
- Qué tienes que decirme, viejo amigo.
- Sandra ha terminado la misión. Tienes el informe completo de Delfina en tu carpeta.
- Ya, ya, los datos fríos, los resultados esperados, los he visto. El análisis que siempre da como respuesta el siguiente paso. Pero todo eso no me dice lo que quiero oír.
- Es ella, sin ninguna duda. Está ahí. En su interior.
- ¿Estás seguro?
- Acaba de empezar a recorrer un camino de superación como ninguna entidad consciente ha vivido jamás.
- No sé si alegrarme por ella. O decirle que lo olvide todo. Contarle la verdad. Y darle el derecho que todo ser consciente tiene: la oportunidad de evolucionar y progresar por sí misma. Ella se lo merece. —Se hizo el silencio un instante. Luego Héctor dijo:
- Tú y yo sabemos que eso no es posible. Tú eres también parte de esa línea de sucesos que nos han llevado a esto. Estás tan encadenada a tu destino como ella lo está al suyo.

Leena suspiró. Rozó la taza con el dedo. Y dijo:

- Sí. Pero yo al menos me he ganado el derecho a volver a tomar café. Café real.
- Ella no podrá tener esa libertad. Pero tendrá otras.
- ¿Sí? ¿Puedes decirme una sola?
- No en este momento. —Leena asintió. Luego preguntó:
- ¿Sabes algo de Scott?
- Está presumiendo de su gran algoritmo borrador de rastros. Lo cierto es que nadie podrá averiguar la alteración en Sandra.
- Al menos sus palabras son coherentes con su ego.

- Eso es verdad. Ahora, y siempre.
- Comunícame cualquier novedad. Sandra es importante. Para mí. Y para la humanidad.
- Te informaré de cualquier detalle, por pequeño que sea.
- Gracias. Y cuídate tú también. Estás viejo, Héctor. – Él sonrió. Y dijo:
- Mira quién fue a hablar.

La comunicación se cortó.

---

*La historia continúa en "Cuatro Dos Negro".*